Cuando me dieron la orden de trasladarme con mi destacamento a las riberas del Dniéster, acogí la noticia con gran alborozo. Y me alegré tanto más al ver la cara de funeral de mis camaradas del batallón: adiós al buen vino, a las chicas alegres y a veladas de baile y citas furtivas en la pequeña ciudad besarabiana que, al fin y al cabo, por pequeña que fuera, pese a sus calles estrechas y llenas de barro, no dejaba de ser una ciudad.

En mi caso, la orden llegaba en el momento justo. Una buena madrugada, el alba me encontró junto a una larga mesa que las cartas habían rodeado miles de veces a la velocidad del *chemin de fer*[1] más rápido que he visto jamás en mi reciente, pero también avezada, carrera de jugador. Tenía ante mí la cantidad exacta de veinte leus, la misma con la que había empezado. Durante la noche, aumentó esa suma extraordinariamente, luego cayó de repente, como un termómetro ante la violencia del aquilón siberiano, para levantarse de nuevo mientras mi co-

[1] En francés en el original. *(N. del T.)*

EDITORIAL PRETEXTOS

razón sufría súbitas y sofocantes oscilaciones provocadas por una suerte chiflada que lo mismo venía hacia mí como me abandonaba, tantas y tantas veces, en un espacio de tiempo en extremo breve.

El billetito azul que tenía delante, tan desprovisto de valor en aquellos tiempos ni mejores ni peores que otros, me causaba una absoluta repugnancia. Al ver la señal que le había hecho a lápiz antes de arrojarlo al torbellino del juego, siguiendo mi curiosa costumbre, una sonrisa de asco afloró en mis labios resecos por el humo de los cigarrillos y el vino tinto bautizado y rasposo. Tenía ante mí el mismo billete con el que doce horas antes había emprendido la búsqueda de la fortuna. Con gesto teatral se lo arrojé al nuevo banquero y, sin esperar el resultado del azar, me marché con aire de iluminado, mientras contraía la espalda fustigada por el dulce veneno de las agujas que las noches perdidas clavan en la sangre débil. Mas, antes de irme al cuartel, me dirigí a la oficina de Correos. Allí, en un ajado pupitre, en medio de la polvareda levantada por la escoba de la persona de servicio, hice un importante pedido a una de las más grandes librerías de Bucarest. Tan sólo pedí libros serios, la mayoría científicos: de historia, filosofía, química, física, matemáticas y, además, la Biblia, el Corán, la *Ilíada,* un montón de autores grecolatinos, así como dos voluminosos diccionarios. Con eso tendría para dos años hasta hartarme de leer y de estudiar. Por otro lado, aquél

EDITORIAL PRETEXTOS

no era mi primer intento de sustituir los libros de Grimaud por libros propiamente dichos, pero antes sólo había hecho pequeños conatos. Pedía algunas novelas y libros de poesía y con eso creía que acabaría con las noches perdidas. ¡Pedía ayuda a la literatura para que me librase del ansia de vivir! Pero en esta ocasión, a juzgar por las dimensiones y enjundia del pedido, no me quedaba la menor duda de que lo que emprendía era algo muy serio.

Y como prueba de que el mismísimo destino me respaldaba, para mostrarme que estaba destinado a seguir una vía completamente diferente de la que había acometido, a los pocos días llegaron los libros a la misma hora que la orden de partida al Dniéster.

En un principio ni pensé en despedirme de Marusea. Un hombre resuelto a romper por completo con los demás, incluso con su íntima amiga, ha de marcharse a paso ligero sin mirar atrás. Mas en mi fuero interno pensaba que un hombre decidido tiene que volver a ver, antes del momento final, todo aquello de lo que se va a separar y, si no experimenta ningún pesar, entonces puede marcharse sereno, satisfecho y seguro de su firmeza.

De modo que llamé a Marusea (yo ya no iba a su casa después de cuanto había pasado) y ella se apresuró a acudir. De inmediato fui consciente de mi superioridad al ver su estado de angustia y tris-

EDITORIAL PRETEXTOS

teza. Sólo el orgullo le impedía romper a llorar; pero si, por un instante, sus cejas fruncidas con una obstinación muy rusa hubiesen distendido el arco, tenso al máximo, las lágrimas le habrían bañado el rostro. Me enterneció mucho aquella debilidad humana, la cual se apreciaba tanto más a medida que la pobre muchacha se esforzaba por ocultarla. En cualquier caso, ¡toda aquella congoja era por mí! Y como esa pena solamente despertaba la alegría de saber que yo estaba hondamente clavado en su alma, pues ningún grillete podía atar la mía a la suya, mi ternura tenía algo de paternal, lo cual a ella la irritaba sobremanera y rompía su corazón en mil pedazos que palpitaban sanguinolentos a mis pies.

¡Ah, qué sacrosanto placer poder atormentar, tan sólo mediante la serenidad y conciencia de tu plena libertad, un destello de vida a la que uno ha hecho ponerse de rodillas, ha sojuzgado y oprimido! La compadece porque la oprime y la oprime incluso con más dureza para sentir al máximo la dulzura de la piedad.

La palpaba hechizado por ese sentimiento divino y le aplastaba los senos al estrecharla contra la pechera de mi bien guateada guerrera. Le besaba el pelo de destellos cobrizos que, por la noche, a la luz de la bombilla, se inflamaba con aquel extraño y maravilloso rojo tan intenso. Le besaba la naricilla insolente y sentía en las rodillas el calor de sus muslos carnosos, le acariciaba despacio las turgentes

EDITORIAL PRETEXTOS

piernas, que lamentaba no fueran un poco más largas, porque para mí habría personificado por completo a la mujer rusa. Para que se pareciese, se aproximase a la rusa de mis sueños. Pero para eso, mmm... se me antoja que el amor que la consumía habría tenido que exteriorizarse de otra forma, no sé cómo…

Marusea era rusa por los cuatro costados… pero para mí era una besarabiana nada más. Mientras que la rusa que yo esperaba, la rusa de mis sueños… ¡Dios mío, qué diferencia!

Me destinaron a un sector completamente aislado, bastante alejado de asentamientos humanos por los cuatro puntos cardinales. Enfrente, al otro lado del manso río , en el inmenso reino del misterio, hasta donde abarcaba la vista, tampoco se divisaba ninguna casa.

–Aquí –me dije con toda confianza–, aquí me convertiré en otro hombre… ¡Bendita seas, santa soledad!

Y para estimular mi alegría, pensaba sin cesar en los oficiales, compañeros de parrandas, de los que acababa de separarme y que bostezaban y se desperezaban preparándose para el largo y forzoso descanso al que habían sido condenados. La última vez que comimos juntos en la cantina de oficiales, estudiaron el mapa del Estado Mayor con tanta atención y pericia como si al día siguiente fueran a llamarlos para una batalla estratégica. En realidad,

EDITORIAL PRETEXTOS

lo único que hacían era calcular la distancia que separaba su puesto de mando de la aldea más próxima. La necesidad de sentirse cerca de gente, de personas, era frenética para aquellos seres: el océano de la soledad que con tanta ansia yo esperaba a ellos los aterraba, les daba bascas. Yo los escuchaba con el aire de superioridad del que sabe encontrar, precisamente en el temor de los demás, el pedestal de su fuerza.

–Muchachos, estoy nada más que a dos kilómetros de Tohatin…

–Pues yo estoy en el mismísimo Vadul lui Vodă. ¿Habéis visto alguna vez Vadul lui Vodă? Podemos decir que es un pueblo limpio…

Sólo uno de nosotros no encontraba ningún consuelo en las atrayentes revelaciones del mapa. Para él, alejarse de aquel pueblo, que todos teníamos que abandonar, le resultaba tan doloroso que ni la proximidad misma de Chişinău o, de haber sido posible, de Bucarest o París, habría podido consolarlo.

Se paseaba pensativo entre nosotros, con las manos en los bolsillos de los pantalones. Parecía escuchar las exclamaciones de sorpresa de quienes leían el mapa, sonreía con cada una de ellas y también cuando la risa era general, pero todos sabíamos que su mente era ajena por completo a nosotros y nuestras charlas.

–¡Todo listo, mi capitán! –gritó desde el umbral el asistente, tieso como un artilugio mecánico, saludó con un movimiento rítmico de las articulaciones, dio un taconazo, media vuelta y partió con paso elástico.

EDICIONES PRETEXTOS